

Sobre 'El último libro de Emma Olsen'

original (en gallego) [aquí](#)



Emma Olsen nació de la entrevisión de una fotografía de Anne Sexton frente a una máquina de escribir, en el verano de 2011, mientras viajaba en un ferry. Su voz se impuso sobre la mía y cuando llegué al puerto de Barcelona tenía un cuaderno lleno de notas y dos certezas. La primera, que odio irremediablemente los barcos, y tal vez por eso esta es una novela de vías de tren que se cruzan. La segunda, que me quedaba por delante un tiempo largo de escritura en el que habría de hacer el viaje más difícil de todos los que emprendí: la búsqueda de quién era Emma Olsen y, en definitiva, de quien era yo a través de sus palabras.

Hace pocos días escuché hablar a una profesora de la Universidad de las Azores de un escritor luso, Alfonso Cruz, quien afirmó en una entrevista: “la ficción es la mejor manera de decir aquello que juzgamos verdadero”. La ficción, por tanto, es una máscara, sí, pero

también una caja de secretos, un lugar al que siempre se le puede llamar casa y al que siempre se puede regresar, igual que Emma regresa a faith, a su ciudad natal, para contar una historia enterrada durante mucho tiempo.

Ella lo explica así:

Me dijo una vez el señor Montana que la cualidad de todas las grandes historias es que podrían haber ocurrido en cualquier parte del mundo. Yo creo que la mía sólo pertenece a

Faith y que fuera de Faith sería como una gota de lejía en medio del océano. Tal vez porque no es una gran historia. Pero es la mía, la nuestra, y aquí nos hiere como si la gota de lejía cayese en el medio de la pupila, como si atravesase todo lo importante de lado a lado. Porque Faith, que está en el medio de un círculo gigante, en el centro exacto de nada, a cien millas de cualquier lugar mínimamente interesante, es todo nuestro mundo y nada más nos importa. Y aunque todos deseábamos vivir en Nueva York cuando éramos jóvenes, o en cualquier otra ciudad siempre que no fuese Faith, lo cierto es que en medio de ninguna cosa es posible notar que hay algo que te pertenece”

Porque esta es la historia que Emma Olsen nunca se atrevió a contar pero también es la historia de una ciudad. Y entre la realidad y la ficción, existe una localidad pequeña y apartada en Dakota del Sur, en el Medio Oeste norteamericano, que se llama Faith y que ustedes pueden buscar en los mapas. En Faith queda abandonada la última estación del ferrocarril construido por Percy Avery Rockefeller a principios del siglo XX. La última parada. Parecía un emplazamiento perfecto. Pero la sospecha de que el Faith verdadero era un espacio anodino y poco novelable, sobre lo que era incapaz de dejar de inventar sin cruzar la línea de lo real, fue cubriendo paso a paso todo lo narrado, limitandome como si estuviera atada a una cadena corta y pesada. Que absurdo. Si la literatura es eso: contar lo que no está pero podría estar, imaginar para liberarse de las cadenas, cambiar la verdad con la única condición de hacerla verosímil. Es, en todo caso, un pacto de ficción. Una cuestión de fe.

Por eso estoy segura de que todos los habitantes literarios que pueblan la ciudad de este libro sentirían el lugar que inventé para ellos como el único posible para contar la historia de Emma y Clarissa, personajes que transitan al margen y al límite de la amistad, la devoción, el amor y el chantaje, las fronteras de la propia identidad y un deseo de huir auténtico, el de quien no sabe qué es exactamente eso de lo que se huye y aún no descubrió los por qué fundamentales. La historia de cómo se derrumba una relación entre dos personas que se quieren demasiado, y de cómo la inminencia de la muerte sirve para revelar lo que más nos importa.

Otra vez Emma Olsen lo cuenta mucho mejor que yo:

En aquel último año que pasamos juntas, ya no comprendía nada de cómo era Clarissa y empezaron a chirriar las estructuras de nuestra historia común. Como ocurre con los castillos de naipes, después de retirar la primera carta de los cimientos de la estructura, fueron cayendo las demás, hasta que, donde un día había estado un edificio, no quedó más que un montón de piedras sobre la mesa que ni siquiera proyectaban sombra. Sé que es una metáfora sin gracia, pero no se me ocurre otra. Clarissa parecía un artefacto delicado e imprevisible y yo solo podía desear que no reventase todo a su paso, que la bomba no me estallase a mí en las manos.

Por eso no sé cómo hablar de los últimos meses que pasé con ella, ni cómo contar lo que me queda por contar, y temo que nadie entienda verdaderamente la necesidad de mi relato, que

lo consideren un delirio de la que va a morir y no quiere. Tal vez tendrían razón en esto último.

Hoy me he mirado en el espejo y he visto un cadáver moviendo las manos. No debería decirlo porque es un comentario morboso, pero eso es lo que he visto. En buena medida estoy aquí para evitar mover mi cadáver en actos públicos de reconocimiento que, con toda seguridad, serían celebrados en mi honor si algunos colegas conociesen lo avanzada que está la enfermedad. El espejo me basta para contemplarme así. Además, este tipo de homenajes lo cubren todo de una pátina de grandeza que anticipa las exequias que han de venir. Con frecuencia, niegan la muerte de modo absurdo entre aplausos festivos. Y en caso de que la escritura sea también un modo de negación, de resistencia, la prefiero antes que cualquier otra cosa.

Yo, como Emma, también prefiero la escritura a cualquier otra cosa. Las palabras nos salvaron a las dos de quedar cerradas para siempre en Faith. A Emma y a mi, enfrentadas una a la otra.

Y ahora que ella es de tinta y papel y que ya no estamos solas y perdidas en un barco en el medio del mar, sino en las manos de todos vosotros, solo me resta dar las gracias a todos los que hicieron eso posible.